

67.^a REUNION. CONTINUACION DE LA 7.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Anchorena, Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Bouquet, Bréard, Calderón, Calvo, Cárcano, Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Conforti, Cordero, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheocopar, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Freire, Frías, Galigniana Segura, García, García Vieyra, Goenaga, González Bonorino, Guasch Leguizamón, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (M. E.), López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubari, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Moyano (R.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Ohmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pérez Virasoro, Pinedo, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Santamarina, Sosa Carreras, Terán, Varela, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnet, Ortiz.—**Con aviso:** Bonifacio, Carlés (C.), Carranza, Cernadas, Maza, Paz (M.), Revilla, Saavedra Lamas, Serrey, Vega.—**Sin aviso:** Alsina, Bejarano, Beltrán, Correa, García González, Garrido, Leiva, Parera (R. A.), Pera, Pinasco, Rivas, Tenreiro, Vergara.

SUMARIO N.º 67

1

Comunicaciones del Senado.

2

Peticiones particulares.

3

Moción aprobada relativa al preferente despacho de un proyecto de ley sobre **emisión de debentures**.

4

Indicaciones del señor diputado Luis Agote respecto de una minuta de comunicación pasada al Poder ejecutivo relativa á un proyecto de ley sobre **protección de menores**.

5

Moción aprobada, relativa al despacho de un proyecto de ley, sobre organización de la **enseñanza industrial y comercial**.

6

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de guerra, por pesos 161.270.05 m/n., para el **pago de diversas cuentas**.

7

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de justicia é instrucción pública, por 35.000 pesos m/n., para **ampliación de una partida del presupuesto**.

42

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de justicia é instrucción pública, por \$ 266.577.63 m/n., para el **pago de sueldos, alquileres, honorarios, racionamiento y otros gastos.**

43

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de obras públicas, por \$ 356.034.10 m/n., para el pago de diversas obras contratadas en el año 1910.

44

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio del interior, por 15.345 pesos m/n., para el **pago de diversas cuentas** correspondientes á ejercicios vencidos.

45

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de obras públicas, por \$ 231.631.57 m/n., para el **pago de diferencias** al ferrocarril Central Córdoba y de honorarios al señor J. Manent.

46

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de obras públicas, por \$ 175.340.27 m/n., y \$ 11.480.18 oro sellado, para el **pago de diversas cuentas.**

47

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de justicia é instrucción pública, por \$ 329.480.59 m/n., para el **pago de expedientes** de ejercicios vencidos.

48

Aprobación de un proyecto de ley autorizando al Poder ejecutivo á invertir hasta 300.000 pesos moneda nacional en el cumplimiento de la ley 6013, sobre **fomento del tiro.**

49

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de obras públicas, por \$ 60.871.23 m/n., para el pago del servicio de **bonos de obras de salubridad** en Corrientes y Entre Ríos.

50

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de guerra, por 231.972.98 pesos m/n., para el **pago de sueldos, sobresueldos y pensiones.**

51

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de guerra, por 1.785.887.20 pesos m/n., para el **pago de diversas cuentas** correspondientes á ejercicios vencidos.

52

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de marina, por 217.046.54 pesos m/n., y \$ 3.823.33 o/s., para el **pago de diversas cuentas** correspondientes á ejercicios vencidos.

53

Aprobación de un proyecto de ley abriendo un **crédito** al ministerio de hacienda, por 170.635.78 pesos m/n., y \$ 2.396.75 o/s., para el **pago de diversas cuentas** correspondientes á ejercicios vencidos.

54

Continúa la discusión en particular del proyecto de **reforma de la ley electoral.**

—En Buenos Aires, á 29 de noviembre de 1911, el señor presidente declara reabierta la sesión, á las 4 y 25 p. m., con asistencia del señor ministro del interior, doctor Indalecio Gómez.

1

COMUNICACIONES DEL SENADO

SANCIÓN DEFINITIVA:

—Crédito suplementario al ministerio del interior por 213.000 pesos moneda nacional con destino á diversos servicios de la dirección de correos y telégrafos. *(Al archivo).*

2

PETICIONES PARTICULARES

—La bolsa de comercio solicita la sanción de la ley sobre emisión de debentures. *(A la comisión de legislación.)*

315 Ferrocarril Andino	\$	3.03
316 » Central Córdoba.....	»	721.25
317 » de Santa Fe.....	»	57.18
318 De Bartolotti Pascual.....	»	36.—
319 Ferrocarril Central Norte.....	»	32.—
320 » de Entre Ríos.....	»	63.80
321 » Central Norte.....	»	61.63
322 Correa Cosme.....	»	6.160.—
323 Aduana de Monte Caseros.....	»	244.10
324 Doctor Carlos T. Cárrega.....	»	700.—
325 Aduana de Mendoza: sueldos.....	»	2.464.—
326 Desimone y Nicolini.....	»	37.80
327 Rodríguez Guede Manuel.....	»	200.—
328 Ferrocarril del Sur.....	»	338.02
329 » Oeste de Buenos Aires	»	148.—
330 » del Sur.....	»	86.07
331 »	»	206.32
332 » Buenos Aires al Pacífico....	»	43.60
333 »	»	72.60
334 Micheliní Atilio.....	»	40.—
335 Correos y telégrafos. Dirección.....	»	457.23
336 Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico....	»	586.68
Totales..... o/s.	\$	2.396.75
	\$	170.635.78

Art. 2.º Este gasto se hará de rentas generales, con imputación a la presente ley.

Art. 3.º Comuníquese al Poder ejecutivo.

—Se aprueba sin observación el proyecto que antecede.

Sr. Presidente—Queda sancionado.

54

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Han terminado los créditos suplementarios.

Se va a pasar a la consideración del proyecto de ley relativo a la reforma electoral.

En la sesión anterior la cámara quedó sin número cuando se debía votar el artículo 1.º.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

No se trata del artículo 1.º; sino del inciso 1.º del artículo 1.º. Porque hay algunos otros incisos que tal vez den lugar a observación.

Sr. Presidente—Se trata del artículo 1.º del despacho de la comisión, señor diputado.

—En discusión el artículo 2.º

Sr. Castex—Pido la palabra.

Propongo que después del inciso *b* se establezca otro, privando del voto a los individuos clasificados por la policía como ladrones conocidos.

Creo que esta categoría de individuos no está comprendida en el inciso que se refiere a la indignidad.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

La proposición que hace el señor diputado no es posible aceptarla; porque no es la policía la que tiene atribuciones para hacer clasificaciones propiamente dichas en materia de delinquentes. Esto corresponde a los tribunales, y entonces todo condenado por el delito a que se refiere el señor diputado, está ya previsto por el inciso 3.º.

Sr. Padilla (M. M.)—Pido la palabra.

El inciso *a* de la tercera parte del artículo 2.º dice: «Por razón de indignidad: Los condenados por sentencia a pena de presidio ó penitenciaria.»

Aquí no se fija término de la incapaci-

cidad para el voto, y yo creo que no puede haber sido el propósito de la comisión que estos individuos estén perpetuamente inhabilitados.

Además, hay casos en que la pena de penitenciaría no es realmente infamante, que es seguramente la circunstancia que se ha tenido en cuenta para excluir del voto á estos condenados. Por ejemplo: en el caso de homicidio provocado, la pena es de penitenciaría, y yo no veo por qué se ha de privar al condenado sino por el tiempo de la pena, del derecho de votar.

Por otra parte, hay incongruencia con respecto al inciso *j* al excluir á los deudores por malversación y defraudación de caudales públicos, mientras no satisfagan su deuda, al paso que no se fija plazo en los casos de pena de penitenciaría; los que, según la forma en que está redactado el inciso, resulta que están absolutamente privados del voto, sin limitación de tiempo; mientras que los malversadores ó defraudadores de caudales públicos, sólo lo estarán por el tiempo que no hayan devuelto la suma que hayan malversado ó defraudado.

Creo que corresponde, por lo menos, una aclaración.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

El inciso es perfectamente claro. Se refiere á los condenados, es decir, á los que están cumpliendo la condena, porque una vez que la han cumplido ya no están inhibidos de votar.

Así, pues, es entendido que esta incapacidad existirá mientras dure la pena.

Sr. Padilla (M. M.)—El inciso 2.º establece que los reincidentes y los condenados por delitos contra la propiedad, estarán excluidos del padrón electoral durante cinco años. Quiere decir que, además del tiempo que están reclusos, estarán privados del voto durante cinco años.

Sr. Calvo—Mientras dure la condena, se podría poner.

Sr. Fonrouge—No hay inconveniente: mientras dure la condena.

Sr. Terán—Pido la palabra.

Entiendo que el inciso *a* que se refiere el señor diputado por Tucumán es el que trata de los casos de sentencia con pena de presidio ó de penitenciaría por tiempo indeterminado, porque ya en el inciso *g* se dice: «Todos aquellos que se

hallen bajo la vigencia de una pena temporal hasta que ésta sea cumplida». De manera que no habría necesidad de hacerlo en los dos incisos; desde que el uno establece que se trata de los condenados á perpetuidad, mientras que el otro habla de los condenados á una pena temporal. La interpretación, pues, no puede ser otra sino que esto se refiere al inciso *a*.

Sr. Fonrouge—Debo observar al señor diputado por Tucumán que el inciso *g* se refiere á todos los casos en que no se trata de pena de presidio ni de penitenciaría.

Sr. Terán—De pena temporal, si señor.

Sr. Fonrouge—Se refiere á todos los que están sujetos á pena temporal, que puede no ser de penitenciaría. De manera que según la observación del señor Padilla se podría entender que la incapacidad es por tiempo indeterminado ó á perpetuidad. El propósito de la ley es que sea mientras dure la condena. De suerte que á mayor abundamiento se podría agregar las palabras: «mientras dure la condena».

Sr. Oliver—Pido la palabra.

Aquí dice «condenados por sentencia»; y yo pregunto si puede haber condenados sin sentencia. Creo que están demás las palabras «por sentencia», desde el momento que no puede haber condenados sin sentencia.

Sr. Olmedo—Para diferenciarlos de los condenados del Dante (*Risas*.)

Sr. Fonrouge—Es la fórmula establecida, que arranca de la misma Constitución, que dice que nadie puede ser penado sin juicio previo.

Sr. Oliver—Eso ya es otra cosa. Lo que dice la Constitución es que nadie puede ser condenado sino por sentencia.

Sr. Fonrouge—Conviene ponerlo así, para mayor claridad y porque esa es la práctica.

Sr. Oliver—Es una redundancia.

Sr. Fonrouge—No es redundancia.

Si el señor diputado me demostrara que no está gramaticalmente bien, eso me lo explicaría.

Sr. Oliver—No, gramaticalmente, sino jurídicamente.

Sr. Fonrouge—Jurídicamente está bien. Las leyes deben ser claras para que el pueblo las entienda.

Sr. Oliver—Creo que el pueblo lo entenderá bien si se redacta como indicio.

Sr. Fonrouge—Siento no poder complacer al señor diputado, pero creo que es necesario consignar en la ley que se trata de los condenados por sentencia. Sobre todo, como he dicho antes, lo que abunda no daña.

Sr. Padilla (M. M.)—Propongo que se diga que los que cumplen la condena de penitenciaría no podrán votar.

Sr. Fonrouge—Sí, señor; creo que no habrá inconveniente en aceptar lo que propone el señor diputado.

Sr. Presidente—¿Cómo condensa su proposición el señor diputado por Tucumán?

Sr. Padilla (M. M.)—Los condenados á pena de presidio ó de penitenciaría mientras dure la condena.

Sr. Castex—Eso está previsto en el inciso *g*.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Voy á proponer que se suprima el inciso *a*, porque considero que es una verdadera redundancia, desde que todos los casos ya están comprendidos en el inciso *g*, cuando dice: «todos aquellos que se hallen bajo la vigencia de una pena temporal, hasta que ésta sea cumplida.»

Sr. Meyer Pellegrini—Pido la palabra.

Entiendo que los condenados á penas de presidio ó penitenciaría quedan excluidos por indignidad: no votan después de cumplidas las penas; mientras que en los que tienen penas menores la indignidad subsiste mientras dura la pena.

Es esta la diferencia substancial que, si mal no recuerdo, existe en la ley actual.

Sr. Vocos Giménez—Y por eso de lo que se trata es de reformar la ley actual.

Sr. Castex—Propongo que el inciso *a* se redacte así: «Los que hayan sido condenados á pena de presidio ó penitenciaría».

La inhibición para votar les durará toda la vida.

Sr. Vocos Giménez—¿La comisión considera que el inciso *a* no está comprendido dentro del inciso *g*?

Sr. Fonrouge—El señor diputado me hace una pregunta que para contestar-

la sería necesario que hubiera precedido una deliberación de la comisión, y en este momento estamos en orden abierto. (*Risas*.) Pero creo que se podría muy bien suprimir el inciso *a* y entonces dejar como disposición general: «Todos aquellos que se hallen bajo la vigencia de una pena temporal hasta que ésta se haya cumplido».

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Para preguntar á la comisión qué razón ha tenido para excluir del padrón electoral á los soldados, cabos y sargentos de la tropa de línea y armada, y no á los oficiales del ejército.

Sr. Fonrouge—Creo que para proceder con método sería bueno primero que quedara aclarado este punto: que se vote el artículo, y en seguida contestaré la observación que hace el señor diputado.

Sr. Vocos Giménez—No, porque la observación que yo hago es á un inciso del artículo y una vez votado éste queda aprobado ese inciso.

Sr. Fonrouge—Le voy á contestar al señor diputado.

En ninguna ley nacional de esta naturaleza los oficiales han sido excluidos del voto. Los que han sido excluidos siempre son los soldados, es decir, la tropa, porque se supone que los individuos que la forman están sujetos á una disciplina y á una voluntad superior que podría inducirlos en un momento dado á votar en un sentido determinado. Es en esa obediencia, en esta sumisión de la tropa al superior que se ha inspirado la disposición, que no es de esta ley simplemente, sino de la anterior también.

La tropa no puede votar, no debe votar, porque hay esa sumisión que el señor diputado que ha hecho la observación no negará. En cambio, respecto de los oficiales, el caso es otro: gozan de otros privilegios de orden intelectual y jerárquico; es otro su grado de independencia: de manera que su voto es siempre consciente, libre en cuanto es posible.

El fundamento de esta disposición que, repito, es también de la ley vigente, no es otro que el de que el soldado no goza de la completa libertad, de la independencia necesaria para dar un voto consciente.

Estas son las razones que ha tenido la comisión para mantener la disposición de la ley vigente.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Entiendo que si se quiere mantener al ejército desvinculado en absoluto de toda influencia política, de todo partido político, el proyecto sería lógico si estableciera la prohibición del voto á todos los oficiales del ejército.

Bastaría tener en cuenta antecedentes recientes de nuestros hechos políticos. Las revoluciones en este país, desde el año 1890—la del 90, la del 93 y la de 1904—se han hecho á base de una parte del ejército. ¿Quién ha movido esa tropa? Los oficiales, es decir, generalmente de teniente hasta capitán, que son aquellos á quienes el proyecto, como en general á toda la oficialidad, permite el voto, es decir, permite la vinculación política; y si efectivamente es como dice el señor diputado, que la tropa no es un elemento pensante y que se la maneja como tal, no veo razón para dejar esta libertad al oficial superior, que precisamente se puede vincular con los partidos en una forma indirecta, manifestando sus simpatías ó antipatías por un partido político, porque sería tal vez exponerlos á una contaminación peligrosa.

No voy á proponer ninguna modificación, pero me parece que sería lógico extender la prohibición del voto hasta los oficiales.

Sr. Fonrouge—Para mayor satisfacción del señor diputado, debo hacerle presente que por el artículo 67 se prohíbe á los jefes, oficiales ú oficiales superiores, de línea y armada ciertos actos que importan su intromisión en el sufragio. Y hay un agregado, que no figura en el despacho, pero que ha sido posteriormente convenido por la comisión, que va á quitar todo temor respecto á lo que manifestaba el señor diputado sobre la intromisión del elemento militar en los actos políticos.

Ese artículo dice: «Queda prohibido á los jefes, oficiales ú oficiales superiores, de línea y armada y asimilados de todos los grados y de todas las armas del ejército con mando de tropa ó en servicio activo, que desempeñen funciones de cualquier repartición de los ministerios de guerra y marina, tomar intervención en las elecciones nacionales,

provinciales, etc.» Es un artículo más ó menos tomado de la ley militar 4707.

Una cosa es la prohibición á los militares superiores, cualquiera que sea su jerarquía, de inmiscuirse directa ó indirectamente en los actos políticos, y otra es privarles de sus derechos de voto; y no puede haber jamás peligro de que el elemento militar pueda ser causa de perturbaciones, desórdenes ó coacciones en los actos electorales.

Sr. Oliver—Pido la palabra.

El inciso 3.º, letra b dice: «Los reincidentes y los condenados por delito contra la propiedad, durante cinco años.»

Me permito pedir al señor miembro informante tenga la deferencia de explicarme qué quiere decir «durante cinco años». ¿Se refiere á la pena ó á la inhabilitación?

Sr. Fonrouge—Cinco años después de cumplida la pena, porque se trata de reincidentes. A un condenado por primera vez no se le puede imponer la misma pena que á un reincidente. El reincidente debe tener un recargo en la penalidad, porque está bajo la vigilancia de la autoridad.

Sr. Oliver—Me parece que podría redactarse de otra manera. Así no lo encuentro claro.

Sr. Fonrouge—Pero con esta explicación, me parece que la claridad surge.

Sr. Oliver—Pero esa explicación es necesario que la tengan presente los que deben cumplir la ley.

Sr. Fonrouge—La explicación es la fuente.

Sr. Oliver—Pero es mejor que la ley esté clara.

Sr. Fonrouge—No es posible, señor diputado, aceptar modificaciones en esa forma improvisada en la redacción de artículos, so pena de que se venga abajo todo un proyecto que es el resultado de una deliberación trabajosa y meditada.

Sr. Oliver—Pero cuando la redacción meditada no da resultado, puede ser que la improvisada sea mejor...

Sr. Vocos Giménez—Se podría establecer en esta forma, que tal vez la comisión aceptara...

Sr. Fonrouge—Si el señor diputado quiere, puede agregarse «después de cumplida la condena», porque la mente

de la comisión ha sido inhabilitar al reincidente.

Sr. Meyer Pellegrini—«Durante cinco años después de cumplida la condena».

Sr. Fonrouge—A los reincidentes y condenados por delitos contra la propiedad, durante cinco años, dice el artículo...

Sr. Oliver—La «y» está demás: «Los reincidentes condenados por delito contra la propiedad, durante cinco años después de cumplida la condena».

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Creo notar aquí, y la cámara y el señor miembro informante me disculparán, cierta incongruencia con la modificación que él propone, que dejaría el artículo en esta forma: los reincidentes condenados por delitos contra la propiedad.

Entiendo que más inmoral es un delito contra las personas, un homicidio, por ejemplo que un delito contra la propiedad. ¿Por qué razón no se aplicaría á los reincidentes por delitos contra las personas? No habría lógica.

Sr. Fonrouge—Voy á darle la razón, señor diputado.

Los reincidentes son justamente esos clasificados por la policía á que aludía el señor diputado Castex, que lo son por causas de menor cuantía como el hurto, por ejemplo, á quienes se aplican penas que son relativamente ligeras. En una palabra, á los punguistas condenados.

Ese es el caso. La reincidencia por homicidio ya tiene una pena grave, de muchos años.

Sr. Castex—Puede no ser por reincidencia.

Sr. Fonrouge—De manera que eso no le puede hacer indigno del voto, pero un punguista lo es, y el propósito de la disposición á eso tiende. A los punguistas reincidentes, á los profesionales de la ratería, del hurto, la ley los declara indignos de ejercer ese derecho; al homicida reincidente, al autor de lesiones, reincidente, no, porque son cosas que no comportan, como aquéllas, la indignidad para un hombre.

Eso es el verdadero fundamento, y ahora, con la modificación propuesta, queda mucho más claro.

Sr. Secretario Sorondo—Quedaría así: «Los reincidentes condenados por delitos contra la propiedad durante cinco años».

Sres. Castex y Fonrouge—Después de cumplida la sentencia.

Sr. Meyer Pellegrini—La comisión entiende que son solamente los reincidentes en delitos contra la propiedad, pero puede creerse también, que son los reincidentes de toda clase de delitos.

Sr. Fonrouge—Es á los ladrones reincidentes, á los ladrones de oficio.

Sr. Meyer Pellegrini—Entendía que el delito contra la propiedad, aun en el primer caso, tendría una exclusión de cinco años.

Sr. Echagüe—Es lo que dice el artículo.

Sr. Roca—Hay que modificar el enunciado de la sección b, del inciso 2.º de este artículo; donde dice: «Los soldados, cabos y sargentos de tropa de línea y armada y agentes ó gendarmes de policía», debe decir: «Los soldados, cabos y sargentos del ejército permanente», que es la denominación de la ley militar.

Sr. Fonrouge—La comisión acepta.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Para proponer á la comisión la supresión de las palabras «por malversación» en el inciso j. El delito de malversación de caudales públicos, tiene un concepto muy amplio: malversa los caudales públicos aquel funcionario que los dedica á un fin distinto del determinado por las leyes. En estos últimos tiempos han sucedido en la administración pública, hace un par de años, hechos que se discutieron en el honorable Congreso, comprobándose que partidas del presupuesto destinadas á un fin habían sido empleadas en otro.

Según el criterio de la comisión, esos funcionarios no estarían excluidos completamente del padrón electoral: antes me parece que, dentro de la tolerancia que se ha establecido, no se podría hacer esa exclusión y comprenderlos en este inciso.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Al final del inciso está perfectamente aclarado, porque dice: «mientras no satisfaga sus deudas». Se refiere, pues, á los defraudadores.

Sr. Vocos Giménez—Dice malversación.

Sr. Fonrouge—Muy bien. Hay dos clases de malversación. El código anterior á la modificación no hacía la distinción, pero actualmente en vigencia establece dos formas de malversación: se malversa en beneficio propio y se malversa cuando se da á los caudales destinos distintos del fijado por la ley. En este último caso propiamente no hay delito, defraudación, por consiguiente, no puede haber penalidad, á diferencia del caso de malversación hecha en beneficio propio ó de un tercero.

Sr. González Bonorino—Más claro quedaría el artículo diciendo: «los defraudadores de caudales públicos».

Sr. Vocos Giménez—Con la explicación de la comisión sería lógico establecer los términos del artículo en esta forma: *Los deudores por apropiación ó defraudación de caudales públicos*. Porque la malversación tiene distintos conceptos y sería demasiado extensivo el término si se dejara la forma propuesta por la comisión. Los deudores por apropiación ó defraudación de caudales públicos.

Sr. Meyer Pellegrini—Haría indicación para que se aprobase inciso por inciso, porque se están observando simultáneamente incisos diferentes.

Sr. Fonrouge—Así es como se van salvando las dificultades. Creo que lo que propone el señor diputado por Santa Fe aclara y debe, por consiguiente, aceptarse.

Sr. Presidente—Aceptada la modificación propuesta se votara el artículo segundo.

—Resulta afirmativa.

—El artículo 2.º queda en la siguiente forma:

Art. 2.º Están excluidos del padrón electoral:

1.º Por razón de incapacidad:

- a) Los dementes declarados en juicio;
- b) Los sordo-mudos que no sepan hacerse entender por escrito.

2.º Por razón de su estado y condición:

- a) Los eclesiásticos regulares;
- b) Los soldados, cabos y sargentos del ejército permanente y armada y agentes ó gendarmes de policía;
- c) Los detenidos por juez competente, mientras no recuperen su libertad;
- d) Los dementes y mendigos, mientras estén reclusos en asilos públicos, y en ge-

neral, todos los que se hallen asilados en hospicios públicos ó estén habitualmente á cargo de congregaciones de caridad.

3.º Por razón de indignidad:

- a) Los reincidentes condenados por delitos contra la propiedad, durante cinco años, después de cumplirse la sentencia;
- b) Los penados por falso testimonio ó por delitos electorales, durante cinco años;
- c) Los que hubieran sido declarados, por autoridad competente, incapaces de desempeñar funciones políticas;
- d) Los quebrados fraudulentos, hasta su rehabilitación;
- e) Los que hubiesen sido privados de la tutela ó curatela, por defraudación de los bienes del menor ó del incapaz, mientras no restituya lo aduenado;
- f) Todos aquellos que se hallen bajo la vigencia de una pena temporal, hasta que ésta sea cumplida;
- g) Los que hubiesen eludido las leyes sobre el servicio militar, hasta que hayan cumplido la pena que les corresponde;
- h) Los que hubiesen sido excluidos del ejército con pena de degradación ó por deserción, hasta diez años después de la condena;
- i) Los deudores por apropiación ó defraudación de caudales públicos, mientras no satisfagan su deuda;
- j) Los dueños y gerentes de prostíbulos.

Sr. Lassaga—Pido la palabra.

Deseo proponer una modificación que probablemente evitará dudas que podrían surgir en la práctica.

Dice el artículo: «Ninguna autoridad podrá reducir á prisión al elector durante las horas de elección salvo el caso de flagrante delito, ó cuando existiera orden emanada de autoridad competente». Y agrega el artículo: «Fuera de este caso no podrá estorbarse el tránsito de su domicilio, etc.

Propondría sustituir las palabras «de este caso» por «de estos casos».

Sr. Fonrouge—La comisión acepta.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Para preguntar á la comisión qué entiende por autoridad competente. Por el concepto general son las órdenes emanadas de los jueces, pero puede suceder el caso que se trate de otra autoridad, de la autoridad policial, por ejemplo que podría haber dictado orden de detención y no estar comprendido dentro de ese artículo.

Sr. Fonrouge—La ley establece cuáles son las autoridades que están facultadas para dictar la detención preventiva ó no preventiva de los ciudadanos.

La policía puede detener porque tiene funciones de juez instructor en muchos casos. De modo que la policía es autoridad competente. En caso de flagrante delito la policía procede. Fuera de estos casos la policía procede siempre por mandato de un juez de instrucción.

Sr. Vocos Giménez—Hay otros casos. Días pasados se ha hecho público que por orden de la autoridad sanitaria de la Capital fueron detenidas algunas personas.

Creo, pues, que debería ponerse «por orden del juez competente ó de la autoridad policial».

Sr. Fonrouge—Por mi parte he interpretado el propósito de la comisión, considerando que debe aceptarse todo lo que signifique aclarar, en el sentido de asegurar la libertad del elector. En esto no hay dificultad. Pero la redacción que propone el señor diputado sería quizá demasiado lata. Bastaría poner *cuando existiera orden emanada de juez competente*.

Sr. Rodríguez Jurado—Con la observación del señor miembro informante de la comisión no podrían decretar prisión los jefes ó presidentes de mesa.

Si se dejan las palabras «autoridad competente» quedarán excluidos los componentes de mesa.

Sr. Fonrouge—Debo observar al señor diputado que cuando se trata de comicios hay disposiciones especiales que autorizan al presidente del comicio á decretar la prisión ó detención de los que cometen delitos electorales.

Sr. Meyer Pellegrini—¿Cuáles son los términos de la Constitución en este caso?

Sr. Terán—Voy á votar el artículo tal cual está redactado, porque entiendo que no es esta la oportunidad de entrar á discutir qué debe entenderse por autoridad competente. En el momento que las leyes crean autoridades y les dan ó no les dan facultades, es la única oportunidad en que podría discutirse si se debe ó no otorgar á esas autoridades, que se llaman jueces, la autoridad de poder arrestar á los individuos.

De manera que si el Congreso, por razones de orden público, entiende que es necesario entregar á esas autoridades especiales la autoridad bastante para poder determinar la detención de un

individuo, debe ello quedar incólume y esa disposición no puede quedar afectada por lo que se establezca en esta ley electoral.

Por consiguiente, creo que este artículo debe quedar tal como está.

Sr. Fonrouge—Cuando he aceptado la modificación propuesta por el señor diputado por Santa Fe, he creído que realmente se aclaraba esa disposición amparatoria de la libertad del elector en el momento de la elección.

La orden emanada de una autoridad competente que no sea un juez, nunca puede ser una orden de un carácter tan perentorio que pueda ocasionar perjuicios de orden público con la detención de un elector.

Sr. Meyer Pellegrini—¿Y de un colérico?

Sr. Fonrouge—Eso podrá contestar el señor diputado Penna.

Sr. Presidente—De esos hay muchos en el día de elecciones.

Sr. Costa—Un individuo que comete un homicidio tiene que ser detenido inmediatamente y no podría serlo por orden de juez competente, porque el juez aún no ha intervenido.

De manera, que se consagraria como un jubileo especial el día de elecciones, en el cual podría cometerse toda clase de infracciones y de delitos, dentro de los términos de la modificación aceptada por el señor miembro informante de la comisión.

Sr. Roca—Lo probable es que el artículo sea inútil, porque en qué caso puede detener la autoridad en el día de elecciones ó fuera de ese día? En caso de infraganti delito ó en virtud de orden emanada de autoridad competente.

De manera, que sería una redundancia.

Sr. Fonrouge—Por otra parte, este artículo es igual al 7.º de la ley vigente que no ha dado lugar hasta ahora á ningún inconveniente.

Sr. Presidente—Se va á votar el artículo 3.º con la sola modificación aceptada por la comisión, es decir: en lugar de «fuera de este caso», debe decir: «fuera de estos casos».

—Se aprueba el artículo 3.º con la modificación indicada.

—Sin observación se aprueba el artículo 4.º

—En discusión el artículo 5.º

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Desearía saber de la comisión cuál es la sanción penal que tiene esta prohibición. Porque si no la tiene, quedaría reducida á una simple declaración ó expresión de ideas.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

Si el señor diputado hubiera recorrido el capítulo de las penalidades, habría tenido oportunidad de ver que está allí establecida la correspondiente á esta prohibición. Y le pediría al señor diputado que su observación la dejara para cuando tratemos ese punto.

Sr. Varela—En las disposiciones penales está especialmente establecida la pena referente á esta infracción.

Sr. Vocos Giménez—Voy á pedir la supresión de ciertas palabras de este artículo porque me parece que tal como está se puede prestar á grandes abusos.

En mi concepto, quedaría el artículo muy bien redactado en esta forma: «El sufragio es individual y ninguna autoridad ni corporación, ni partido ó agrupación política puede obligar al elector á votar». Porque si se establece, como dice el artículo: «en grupos», podría, señor presidente, prestarse la disposición, á abusos. Es sabido que en víspera de elecciones, se agrupan los partidarios de un candidato, y esta disposición podría dar lugar á abusos de la autoridad.

Por esto pediré á la comisión quiera suprimir las últimas palabras del artículo.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

El temor del señor diputado es infundado. lo que se prohíbe, es que se obligue al elector á votar en grupos.

Por otra parte, ¿á qué abusos puede dar lugar esto? Se trata de un artículo que ya existe en la ley vigente, y jamás se le ha ocurrido á autoridad alguna imponer al ciudadano que vote en grupos. Se trata de una disposición que es consecuencia del principio que declara que el voto es individual.

Sr. Vocos Giménez—Hay otro artículo en el proyecto que establece que se ha de votar aisladamente. Cada votante entra en un cuarto obscuro, como propone el señor ministro del interior...

Sr. Oliver—En un cuarto obscuro! (Risas.)

Sr. Vocos Giménez—... y allí deposita su voto, con toda reserva, para evi-

tar presión en ese acto, que es el momento solemne del sufragio. De manera que yo no veo el objeto de esta disposición.

—Se aprueba el artículo en debate.

—En discusión el artículo 6.º

Sr. Calvo—Pido la palabra.

Como esta es la segunda vez que estoy en disidencia con el Poder ejecutivo, quisiera definir mi situación.

Los argumentos principales que he oído en este debate, en su primera parte, de varios de los partidarios de la lista incompleta y que se han dado en el primer momento, no han sido tan contundentes como los del final. Por qué eran amigos del presidente!!

Todos somos amigos del presidente, pero como diputado creo, francamente, que no podemos ser amigos del presidente.

La comisión ha estado estudiando esta ley, con todo cuidado, con todo esmero y atención durante seis meses. El Poder ejecutivo ha sido sumamente atento y deferente con nosotros. Hemos discutido mucho y hemos modificado mucho, y la prueba de la absoluta independencia de la comisión, á pesar que todos somos amigos del presidente, es que hemos estado en completo desacuerdo. Tengo inmenso placer en decir que hace más de veinte años que he sido amigo sincero y que he aplaudido y respetado las cualidades de ciudadano y de hombre de estado del actual presidente de la República; pero como diputado no reconozco, como razón para votar en una cuestión, la amistad del presidente de la República, sino lo que me indica mi conciencia. Principio por allí.

El voto obligatorio, señor presidente, me parece que es completamente inútil en nuestra tierra. El que conoce bien las provincias... no las provincias, sino las campañas, sabe muy bien que el paisano da mucho trabajo para juntarlo á fin de llevarlo al comicio.

Esta ley les va á imponer una multa de diez á mil pesos. El comisario que es el capataz de la elección á que se refería el señor ministro el otro día, le mostrará la ley al alfabeto, más que al alfabeto, á que se refería el señor diputado por Salta en la sesión anterior. Esc va á poder leer por sus propios ojos y

verá que tiene una multa de diez á mil pesos, sino va á votar; pero el comisario se encargará de demostrarle que son mil pesos; quiere decir, que la ley será una forma automática de hacer recoger todo ese paisanaje que, de otra manera, habría costado mucho trabajo reunir al capataz para el día de las elecciones y hacer una demostración de fuerza.

Ese es el primer argumento.

En segundo lugar: elecciones pasadas. Yo llevé seiscientas tachas de un padrón á un juez federal, tachas sobre las que creo no era posible dar mayores pruebas: cartas certificadas, que decían «no existe tal calle, ni casa, ni número», etc., etc., y cada una de ellas con su nota correspondiente. Me presenté, como digo, con esas seiscientas tachas al juez federal, y éste, en vez de constatar si efectivamente eran bañados donde decían que habían calles, ó si había ranas donde decían que había gente, les puso, como providencia: «al archivo por no tener tiempo para verificarlo».

Aquí, que seguramente va á haber diez mil ó veinte mil ciudadanos que no van á votar, ¿creo la honorable cámara que es posible hacer juicio á uno por uno de aquéllos, para establecer la diferencia de gravedad de su delito, llamando á testigos y observando los demás requisitos, además del expediente espantoso de nuestro código? De su peso cae que no es posible.

Ahora, respecto á las penas que se establecen, se dice: «con la suma de diez mil pesos», etc. «No incurrirán en esta responsabilidad los electores analfabetos.» Aquí volvemos á la misma. Yo no sé por qué el que sabe escribir ha de estar más sujeto que el que no sabe escribir. Quiere decir, entonces, que el analfabeto tiene el privilegio, tiene la absoluta libertad de ir ó de no ir, según se le dé la gana. Eso no es constitucional. Todos somos iguales ante la ley.

Por otro lado, dice que los que están á más de diez kilómetros de distancia... ¡Pero señor, cualquier hombre se puede encontrar á más de diez kilómetros de distancia en el momento que se le dé la gana! (Risas.) Eso es directamente contra los pobres, contra el jornalero, que no tiene el propósito ni los medios de moverse. A cualquier hombre de posición no le falta un médico que le dé un

certificado, diciendo que está resfriado, que está imposibilitado de concurrir á la elección, pues que se trata de una persona que le merece fe al médico y no se puede negar ese documento. Así se salva. En cambio, el jornalero no tiene médicos amigos que le den certificados. Ese tiene que soportar todas las consecuencias si no cumple. Las penas son para el desgraciado; el hombre pudiente que se encuentra en Mar del Plata, si no quiere, no se costea á Buenos Aires á votar; lo mismo sucede si está en la estancia ó si se le ocurre irse á cualquier parte para no votar. El pobre no tiene esos medios, y sin embargo, todos son ciudadanos y tienen las mismas obligaciones.

Son estas algunas razones bien claras, que me parece que nadie puede desconocer y creo que con esto basta. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Sr. Penna—Pido la palabra.

Señor presidente: El proyecto de ley que se discute, en cuanto se relaciona con el artículo 6.º que se trata ahora, se encuentra íntimamente vinculado con la ley de enrolamiento y con la ley del padrón electoral, á punto de constituir un todo orgánico y armónico tendiente á realizar una aspiración política de la más alta trascendencia en la hora presente de la República, y es que el ciudadano obligado á enrolarse, lo esté también para inscribirse y lo esté, por último, para votar... para votar, señor presidente, porque es el sufragio la base y la esencia del gobierno republicano representativo. Y en el propósito de encontrar un punto de apoyo sólido y fuerte en que sostener esta nueva organización electoral, el Poder ejecutivo, iniciador de estos proyectos, lo ha buscado y lo ha encontrado en el molde de la fuerza armada y de las milicias de la Nación, una de las pocas instituciones salvadas con dignidad en el período de aletargamiento enervante que tanto ha deprimido el carácter de los argentinos en estos últimos tiempos.

Apoyando y fundiendo como en un crisol el padrón electoral y el registro de enrolamiento, á fin de que este último le sirviera de leal y patriótico tutor, me imagino que se ha de haber buscado en esta combinación, hallar en la nobleza de su intimidad y en el calor de su

contacto, el motivo para reanimar el espíritu nacional dormido en los apáticos, á fin de llegar alguna vez á ese período de despertamiento cívico, tantas veces soñado, tantas veces anhelado y hasta implorado con amor sincero y profundo por los espíritus selectos de nuestros hombres públicos en las horas serenas y tranquilas consagradas al estudio y á la meditación por el bien de la patria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El voto obligatorio establecido en la forma que este proyecto lo aconseja, no es seguramente un progreso para la Argentina, que ha elegido como fórmula de gobierno el sistema representativo, republicano, federal.

Y no es un progreso, señor presidente, desde el momento que la obligación de votar, suprime de hecho la libertad de hacerlo ó de no hacerlo, convirtiendo lo que se cree un acto facultativo, un derecho, en lo que es y ha debido ser siempre para todo verdadero ciudadano, el más estricto y sagrado de sus deberes.

Y este breve enunciado, que yo quisiera proclamar en términos muy altos en homenaje á la pureza de la nacionalidad y del civismo argentino, en la hora presente, en que por un conjunto de circunstancias de que la historia hará mérito algún día, asistimos al espectáculo de profunda ironía que resulta entre el real y positivo adelanto material del país contrastando con el olvido de los deberes, la degeneración del carácter y hasta con la relajación de los partidos políticos; hay que ponerlo bien de relieve, digo, para justificar la necesidad, la oportunidad de hallar un procedimiento salvador, no á título de progreso, repito, sino á título de supremo remedio que la situación de anomalía en que nos encontramos lo impone con su irrefragable voluntad.

Es posible, señor presidente, llame la atención que yo, que he vivido un tanto alejado de los focos activos de la política y de la arena candente de sus círculos, intervenga en este debate; pero es que si no fuera suficiente á explicarlo mi derecho de ciudadano y mi deber de diputado al fundar mi voto, me bastaría recordar á la honorable cámara que casi todos los oradores que han hecho uso de la palabra en los debates que ha provocado este proyecto, han empleado

términos del vocabulario médico y comparaciones relacionadas con su ciencia, quizá recordando que algo de patológico pasa en la República.

Y en efecto, señor presidente, las naciones como los individuos están sujetas á sufrir accidentes, á experimentar males comparables con las enfermedades, y si bien es cierto que las enfermedades de la democracia como las de los pueblos y de las multitudes no pueden, como las de los individuos, ubicarse dentro de cuadros perfectamente definidos, no es menos verdadero que la República está enferma, que la nacionalidad padece de intenso y profundo mal y que casi todas las instituciones se resienten de ese estado anormal que se prolonga y que tarda demasiado en resolverse.

Y aun cuando no crea que todo él reside en la esfera de las instituciones republicanas que nos rigen, es imposible negar que la democracia argentina atraviesa por un período anormal comparable á una enfermedad, cuya causa, actuando con la difusibilidad de los agentes malignos, ha concluido por invadirlo todo: el pueblo, el gobierno, la sociedad y la familia misma.

Sin embargo, el país está rico, el país está próspero, el país está floreciente: más de 25 millones de hectáreas de tierra cultivada anuncian una cosecha colosal! Más de 100 millones de cabezas de ganado pueblan sus campiñas y verdes praderas, y la imagen de la obesidad más nítidamente expresada como simil, se presenta á mi espíritu, condensando la síntesis de su rozagante lozanía y de su material progreso!

Y mientras la plástica grosura de este organismo evidencia con su enormidad que el culto del estómago ha suplantado á las funciones más superiores del espíritu, la Nación está ahí, voluminosa, rechoncha, como se dice en el lenguaje vulgar, pero opilada, desfallecida, olvidada de sus altiveces y de sus energías y de todo otro sentimiento que no sea el de la placida beatitud de ingerir y por consiguiente de dormir la profunda siesta á que la condena su laboriosa y eterna digestión.

Y como el obeso tirano Denis de Hraclea, á quien era necesario pincharlo con agujas ó cubrirlo de sanguijuelas para despertarlo de su sopor y revivie-

ra, así la República necesita ser excitada para volver á la vida de la vigilia y de la actividad del sufragio.

Señor presidente: no todo ha de ser negocios, no todo ha de ser estómago, no todo ha de ser bolsillo: es necesario que alguna vez el pueblo argentino piense que para algo más le ha dado Dios el cerebro, para algo más le ha dado corazón!

Parece mentira, señor presidente, que en tan breve plazo de tiempo los descendientes de aquellos sencillos patriotas que improvisándose en soldados recorrieron el continente llevando la libertad que ardía en sus leales corazones, hayan descendido tanto en el nivel moral y llegado hasta el extremo de que los actos más comunes que la conservación de la nacionalidad impone, sean mirados como cargas sin importancia, ó como funciones ciudadanas de complacencia, á las cuales es permitido desertar, con ó sin las excusas nimias con que socialmente se deja de asistir á una fiesta. Y mientras éstas atraen á la juventud, como á los hombres maduros y á los ancianos, y la concurrencia invade el circo, donde al lado de la carrera, se añade el juego, la lujuria y arruina hogares y ablanda el carácter, el atrio y el comicio están desiertos y los negociantes de voto realizan el comercio del sufragio.

Tal es, en breves palabras la situación en que yo contemplo á la República.

Las consecuencias que se derivan de ese estado no hay que explicarlas: ellas fluyen espontáneas de este abandono inconcebible del deber cívico; y en esta corriente me parece que no hay que ser profeta para poder decir, que día llegará en que los extranjeros nacionalizados suplirán en el comicio á los nativos indolentes y mansos, como han substituído ya al gaucho legendario de nuestras campañas; y cuando la Cámara de diputados esté formada por ese elemento exótico, que á pesar de todas sus falaces sensiblerías de nacionalismo combinado, siempre es y será una dualidad incierta, híbrida en patriotismo, puede inducirse hacia qué rumbo podrá orientarse este país, cuando hoy mismo y por fútiles pretextos en el cumplimiento de leyes sanitarias, se ha pretendido confundirnos con colonias como la Eritrea.

Y como ésta, señor presidente, es una verdad incuestionable, pero amarga y muy triste para todo argentino que pensando en la patria ponga su mano sobre el corazón, se ha de comprender el por qué los gobernantes realmente animados de la fe democrática y de la verdad de nuestro régimen representativo y republicano, se hayan esforzado en buscar los medios de encarrilar la nacionalidad por la senda recta y simpática que la Constitución ha trazado.

Es sólo esa fe profunda por impulsar al país hacia el rumbo que nuestra carta fundamental señala como faro sagrado, á fin de hacer revivir con la verdad del sufragio y la majestad de su soberanía en el gobierno del pueblo por el pueblo, lo que en todo caso hará excusar la tiranía del voto obligatorio, que hoy aparece en la escena pública de la Argentina, en mi opinión, como una necesidad, como un arbitrio indispensable, en fin, como un remedio ineludible á la grave enfermedad que nos agobia y que hace mucho, señor presidente, que gravita sobre el pueblo de Mayo.

Por estas razones, votaré por el voto obligatorio. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos!*)

Sr. Ferrer—Pido la palabra.

Simplemente para hacer constar mi voto en contra del voto obligatorio, en mérito de las razones que tengo dadas anteriormente.

Sr. Costa—Pido la palabra.

Yo también voy á hacer constar muy brevemente mi voto en contra del voto obligatorio, dentro del sistema de la lista incompleta, aun cuando no sé si estaría en contra del voto obligatorio en absoluto. Porque encuentro que él no puede coincidir con este sistema de la lista incompleta, ya que es uno de los propósitos fundamentales de éste. La formación ó la determinación de la formación de los partidos políticos, propósito enunciado con toda insistencia como una de las cualidades á él atribuidas, como cualidad primordial, de tal manera que dentro del mecanismo de este sistema, el elector, que no se incorpore, para emitir su voto, á un partido político, lo pierde: diremos, lo tira, puesto que, como resultado final, ese voto no se computa, lo que es lo mismo que proscribir en el hecho y en el resultado, el voto individual. Entonces, el

voto obligatorio, coincidiendo con el sistema de la lista incompleta, así definido y caracterizado por sus mismos sostenedores, importa de hecho el partido obligatorio; y si pudiera admitirse que la Constitución acepta la imposición del voto obligatorio, lo que ya es discutible para muchos, de ninguna manera puede admitirse que se llegue, por la legislación electoral, á imponer á los ciudadanos el partido obligatorio.

Así me parece una incongruencia el voto obligatorio dentro del sistema de la lista incompleta. Y si tal vez hubiera sido partidario de este voto en el sistema de la circunscripción ó en algún otro sistema que garantizara la emisión individual del voto, no puedo serlo en un sistema que incorpora al ciudadano forzosamente, no tanto por la prescripción imperativa de la ley, como en virtud de los hechos, pero que se realiza precisamente, por sus sostenedores, por esa consideración ó por esa característica, de incorporar á los ciudadanos á los partidos políticos ó simples agrupaciones, de tal modo, que los ciudadanos que voten aisladamente, serán votos sueltos que no se computarán, y nadie va á votar en estas condiciones, aisladamente. El que va á votar, lo hace con un objetivo en el sentido de la eficacia de su voto y sólo podrá ser eficaz el voto que se agrupe en partidos ó fracciones. El voto aislado no valdría nada. Quiere decir entonces, que en realidad lo que se hace obligatorio, tanto como el voto, es la incorporación del ciudadano á un partido, imposición inadmisible en la legislación electoral.

Por esta razón, que es clara y capital, que podría discutirse del punto de vista de los términos estrictos de la ley pero no en lo que hace al fondo y á la realidad de las cosas, voy á dar mi voto en contra del artículo que establece el voto obligatorio.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

El artículo tal cual lo ha propuesto la comisión en su despacho, debe ser, á juicio de la misma, aceptado por la honorable cámara, porque fluye de la misma condición del voto; dentro de nuestras condiciones democráticas está establecido que esta es una función pública.

No voy á detenerme en estos detalles

de orden doctrinario para no tomar mayor tiempo á la cámara y llegar á la solución en la forma más expeditiva que sea posible. Voy simplemente á ocuparme en primer término de la observación hecha por el señor diputado Calvo con respecto á la imposibilidad que habrá de hacer efectivas las responsabilidades.

Es cierto, señor presidente, no se debe negar, que habrá imposibilidades, fuera de duda. Con esas imposibilidades se ha chocado en España donde recientemente se ha ensayado el sistema del voto obligatorio. Pero no se me negará que habrá un porcentaje mayor de actividad cívica; y con eso se habrá conseguido algo. Pero aquí el problema no es de doctrina ó de principios; es de hechos. Es un problema de orden político y práctico; se buscan los procedimientos para que el ciudadano vaya al atrio. Se ha empezado por la base que es el padrón, el padrón de verdad. Se ha proyectado en el despacho, como habrán notado los señores diputados, una ley que provee á las mayores legalidades en cuanto á la forma de constituir el comicio, en cuanto á la recepción del voto y en cuanto al escrutinio, de manera que ya hay esos alicientes que desde luego llevarán al espíritu del ciudadano las seguridades de que su voto será sagrado y respetado, que no habrá coacción, que no habrá fraude, que no habrá violencia.

Aquí se trata de agregar otro factor más, es decir, hacer obligatorio por un mandato de la ley lo que es ya implícitamente obligatorio porque es una función del ciudadano la del voto. Es efectivamente cierto que serán muchos los que hayan de incurrir en estas penalidades, que será mucho lo que tendrá que hacer la justicia.

Sr. Agote—Trescientos mil!

Sr. Fonrouge—Yo supongo más; supongo que sean quinientos mil. La justicia se verá en el caso de ejercer su función primordial, cumpliendo con su deber en este ensayo tan grandioso para la ulterioridad de la República.

Pero suponiendo que escape un porcentaje muy grande es preciso ponerse en el caso práctico. Y no hay que olvidar que esta ley no va á gravitar sobre la gente de la campaña. Para esos se establecen eximentes en el mismo pro-

yecto siendo una de las existentes la circunstancia de hallarse el elector á una distancia mayor de diez kilómetros del comicio. Están igualmente eximidos los analfabetos. Quiere decir que en realidad la sanción va á gravitar sobre los hombres de las ciudades, sobre los hombres acomodados á quienes se les va á imponer una pena pecuniaria que cuando no puede satisfacer por falta de recursos se convertirá en corporal. Es para aquellos que por una razón ó por otra no se aproximan al atrio por las razones antedichas, es decir, porque no ha habido padrón de verdad, porque ha habido violencia, fraudes, coacciones, etc.

Pero ahora esta penalidad viene para todos esos sibaritas que se desprecupan de la cosa pública y de sus deberes de ciudadanos. Es para ellos; no es para los pobres; no, señor, es para los ricos, para los que van á los balnearios, etc.

Sr. Varela—Y para los que hacen grandes meetings...

Sr. Fonrouge—Sí, señor, para ellos; y aunque para ellos no tenga mayor importancia la pena pecuniaria, pero hay una pena mayor, que producirá sus efectos, porque esos hombres de alta posición son hombres de altas dignidades, y cuando salgan sus nombres publicados en las columnas de los diarios, nombres que indicarán al descendiente de un prócer de la patria, á un gran millonario, que no ha ido á votar, que no ha cumplido con su deber, que son malos ciudadanos, producirá esto un efecto mayor que la pena pecuniaria.

De manera que el señor diputado Calvo puede dejar sus temores. Estas penalidades van á gravitar sobre las clases acomodadas, no van á gravitar sobre el pobre ó el paisano ni sobre los analfabetos. Y precisamente, por esto, como son muchos los analfabetos, como podemos calcular en un sesenta por ciento la masa electoral que está en esas condiciones, que va á quedar excluida, búscase por este procedimiento otra cosa, que á su tiempo manifestaré, porque no quiero involucrar una cuestión en otra.

Ahora, en cuanto á la observación que me hacía el señor diputado Costa, debo manifestarle que sus razones son más de circunstancias que otra cosa, porque el voto obligatorio corresponde á cualquier sistema, lo mismo á la lista incom-

pleta que á la completa, lo mismo á la circunscripción que al voto acumulativo. ¿Por qué? Porque ese es el deber, la función; y todo lo demás es de procedimiento, que se refiere al escrutinio, propiamente dicho, es decir, al valor que tiene el voto de un ciudadano. Pero el deber que tiene como carga pública, para ir á cumplir con esa función electoral, lo mismo es con un sistema que con otro.

Lo mismo importaría que el señor diputado me dijera que no corresponde ahora al servicio de las armas, porque hoy las armas de precisión ofrecen ventajas que no tenían las de antaño.

Sr. Costa—Es lo mismo, pero no tiene nada que ver.

Sr. Fonrouge—Tiene que ver. Lo que quiero significar es esto: que una cosa es el instrumento y otra la naturaleza de las funciones. Esta es una carga, con prescindencia de cualquier sistema; á cualquier sistema correspondería la misma carga.

Sr. Costa—El señor diputado ha establecido en su mismo informe que una de las ventajas del sistema de la lista incompleta era estimular la formación de partidos políticos; y yo he sostenido que desde ese punto de vista el voto aislado en la lista incompleta es totalmente innocuo, estéril, ineficaz, y nadie realiza un acto cuya ineficacia conoce de antemano. El voto individual del elector es inútil dentro del sistema de la lista incompleta, porque dentro de ese sistema se establece el voto de la agrupación ó del partido y nos llega así á la conclusión que el voto obligatorio, dentro del sistema de la lista incompleta, importa también el partido obligatorio.

Ahora, que el señor diputado diga que mis observaciones son observaciones de circunstancias, no es contestármelas, porque todas las observaciones son observaciones de circunstancias, y si no son de circunstancias, no tienen importancia alguna, porque no tienen en cuenta lo que hay que tener en cuenta: las circunstancias de las cosas. (Risas.)

De manera que el señor diputado no contesta mis observaciones, sino que, al contrario, las realiza.

Sr. Fonrouge—Son de circunstancias, porque no son de fondo; no pueden afectar al fondo.

Sr. Costa—Las circunstancias son el fondo; lo que no es fondo no es circunstancia, no es hecho; la circunstancia es un hecho y el hecho es fondo, y así la circunstancia es fondo. *(Risas.)*

Sr. Fonrouge—Muy bien.

Sr. Costa—Muy bien, pero no me ha contestado.

Sr. Fonrouge—El señor diputado hacía un argumento capital, refiriéndose a que la lista incompleta se opone a la formación de partidos.

Sr. Costa—Que los fomenta ó determina, porque tiraría el voto, el que no vote en forma colectiva ó de partidos.

Sr. Fonrouge—Lamento este diálogo tan luego con el señor diputado Costa, diálogo que no quiero llevar adelante.

Sr. Costa—Tengo mucho placer en dialogar con el señor diputado. Hace veinte años que dialogamos *(Risas)*, y tendría mucho sentimiento en no dialogar más.

Sr. Fonrouge—Pero yo no deseo dialogar en esta forma.

Sr. Costa—Tiene razón.

Sr. Fonrouge—Nada tienen que hacer los partidos políticos con la carga, con la función electoral del ciudadano, y esa carga ó esa función corresponde a cualquier sistema.

El señor diputado Costa, con sus juicios tan brillantes, con sus silogismos tan inteligentes y que sirven para perturbar cualquier espíritu débil como el mío, no va á convencer á la cámara, de que deja de ser una carga obligatoria el voto por razón del sistema. Será por razón de circunstancias, por razón de fondo, no.

Sr. Ferrer—Pido la palabra.

Simplemente para hacer constar que, según lo ha establecido el señor miembro informante de la comisión, esta ley se refiere á un cuarenta por ciento de la población ciudadana, que está sometida al voto obligatorio; y un sesenta por ciento de esa población queda excluida de la obligación, conservando simplemente el derecho de hacer uso del sufragio.

De manera que queda establecida, con perfecta claridad, la noción de esta prescripción: deber para la minoría, derecho para la mayoría! ; Y á esto se llama voto obligatorio! ; Y á esto se llama ley de acuerdo con el principio constitucio-

nal que tiene por base la igualdad de todos ante la ley!

Por otra parte, la ley no se preocupa de que el elector cumpla ó no cumpla la obligación que le impone, de votar, porque al lado de la pena le pone la manera de violar la obligación, es decir, el modo de no votar, reduciendo el acto á la concurrencia al comicio y á entregar un papel doblado en un sobre. ; Esto es lo que significa el voto obligatorio!

Quería llamar la atención de la cámara sobre esta circunstancia, que pone de relieve la oportunidad, la procedencia del voto obligatorio en esta ley.

Sr. Lacasa—Pido la palabra.

Como estoy en disidencia con la definición del voto que da la comisión, estableciendo que es una función, no puedo estar de acuerdo en que sea obligatorio.

Considero que el voto es un derecho, como lo establece el artículo 33 de la Constitución y por el régimen de gobierno que nos rige, porque cuando la ley acuerda á una persona un derecho, ella tiene la facultad de ejercerlo ó no. Precisamente allí está la libertad. La libertad es la base sobre que reposa el derecho del sufragio.

Pero resulta que varias de las disposiciones que se están tomando por esta ley, que tiende á asegurar la libertad del sufragio, están tendiendo más bien, á suprimir la libertad que á asegurarla, porque la libertad es el ambiente en que se desenvuelve el ciudadano, y á que ella exista amplia dependen todas las aspiraciones de la democracia. No es posible concebir que el ejercicio del sufragio sea obligatorio, que el ciudadano sea compelido á ejercer ese derecho. No; esto no es ni puede ser la esencia del sistema democrático. Para que una democracia pueda desenvolverse, donde el derecho del sufragio universal existe, no es preciso que el voto sea obligatorio, sino que se realice el ideal de que se formen grandes partidos, que tengan razón de existencia, que tengan sus motivos de atracción popular por los principios que sustenten ó cuando los encabezen hombres dirigentes, capaces, que se impongan por su valimiento y por su integridad, porque así es como se atraen las simpatías del pueblo para que los acom-

pañen. Pero no se pueden establecer penas para hacer efectivo el ejercicio de un derecho político, que nace de la Constitución. Eso está en contra de lo que se anhela y preconiza con tanta insistencia.

Me parece que hay una contradicción flagrante entre este propósito que abraza la ley, de asegurar la libertad del sufragio, por una parte, estableciendo por otra el voto obligatorio. Considero, señor presidente, que ésta es una de las disposiciones más violentas y más antipáticas que se trata de establecer en la ley, y que además de la desigualdad constitucional á que se refería el señor diputado Ferrer, hay otras consideraciones que no se pueden dejar de tener en cuenta.

No es posible que el ciudadano que no está en condiciones de votar, por una razón de inferioridad, se encuentre en condiciones más ventajosas que otro ciudadano á quien, á pesar de tener otras solicitudes de deber en un día de elección, se le obligue á ir á ocuparse de lo que no le interesa.

Hay que tener presente también que en las luchas políticas no solamente se efectúa la acción política de los ciudadanos y de los partidos por medio del voto. Muchas veces los partidos consideran que el ir á votar es contrario á las libertades públicas que ellos defienden.

No es esta una opinión desautorizada, sino que tiene precedentes muy respetables en nuestro país. El general don Bartolomé Mitre, citado en varios de los grandes discursos que se han pronunciado aquí, ilustre argentino, jefe de un partido, en cierto momento histórico aconsejó la abstención política y la abstención electoral, y así consiguieron actuar sobre los gobiernos de una manera eficaz, ejerciendo sobre ellos una presión intelectual y política tal, que llegó un momento en que hubo necesidad de que el gobierno de la Nación transara con el partido opositor, y surgió entonces lo que llamó la política de conciliación. El vacío producido como propósito de la opinión en la vida política, suele producir los mismos efectos que en el orden físico. La libertad también es ambiente, y hay que dejarla sin presiones para que el derecho se ejercite en toda su amplitud.

El propósito del proyecto que discutimos es alentar, mover al pueblo, entusiasmarlo, arrastrarlo al comicio, y no me parece que sea la forma más conveniente de conseguir ese propósito, llevando al ciudadano violentamente á que concurra al acto electoral. El partido radical, que se ha recordado aquí, no ha concurrido á los atrios, y tal vez resulte que la abstención en que se ha mantenido haya sido más eficaz que el mismo ejercicio del sufragio y que la misma concurrencia á los comicios para la consecución de sus propósitos políticos.

Luego es la libertad la condición mejor para el ejercicio ó no del sufragio. Según la disposición que discutimos, va resultando una verdadera contradicción, como ya lo he demostrado.

Es condición de la libertad el poder ejercer ó no el derecho acordado por la ley en el momento oportuno, tanto en este caso como tratándose de los demás derechos inherentes á la personalidad humana, cual sucede, por ejemplo, con los del orden civil.

Si soy propietario, tengo una propiedad cualquiera; pues, señor, *(Risas)* esa propiedad la puedo abandonar y nadie puede obligarme, por una ley, que me establezca en ella y me diga: usted tiene el deber de cuidar la posesión de su propiedad, porque sino la va á perder...

Sr. Zambrano—¿Quiere permitirme una interrupción el señor diputado?

¿Por qué se castiga el voto cuando se vende? Es un derecho y sin embargo se castiga cuando se vende.

Sr. Lacasa—No he visto eso nunca...

Sr. Roca—Hay el derecho de darlo, pero no de venderlo.

Sr. Lacasa—Eso es... no tiene nada que ver el voto que se vende con el ejercicio de ese derecho. Ya he manifestado que lo ha dicho una autoridad...

Sr. Zambrano—De manera que el voto es un derecho, á pesar de lo que diga el señor diputado.

Sr. Lacasa—La propiedad es un derecho en materia civil.

Yo hacía el parangón diciendo que el Estado no puede tutelar de esta manera todas las funciones y derechos; por eso me referí al ejercicio de la pro-

piEDAD, que es un derecho, como muchos otros...

Sr. Varela—¿De qué propiedad?

Sr. Lacasa—De cualquier propiedad. Pero me refería especialmente á la que la Constitución garantiza á todos los habitantes del país.

Sr. Varela—El señor diputado sabe que no hay derecho que no esté limitado en la Constitución, con excepción de la libertad.

Sr. Lacasa—Una cosa es limitar la libertad y otra cosa es obligar á ejercer violentamente el derecho.

No puede, pues, limitarse la libertad en ese sentido.

Deseo dejar constancia que no acepto la teoría del voto obligatorio, porque considero que éste es un derecho, como lo he manifestado en el curso de mi exposición, porque considero que es desigual, hasta anticivilizador, puesto que coloca al analfabeto en mejores condiciones que á otros que están en otras aptitudes, cuando se debe propender á aumentar las aptitudes y no á disminuirlas.

Creo que he dejado demostrado, según mi entender, que el voto no puede hacerse obligatorio en la República Argentina. Estas razones y las que ha dado mi ilustrado predecesor en la palabra el señor diputado Costa, por otra parte justifican el voto que voy á dar en contra de lo que entiendo afecta la libertad del ciudadano en el ejercicio de uno de sus más preciosos derechos.

Sr. Roca—Pido la palabra.

Confieso, señor presidente, que esta iniciativa de establecer el voto obligatorio contó en un principio con todas mis simpatías. Las disidencias enunciadas antes de plantearse el debate del artículo que lo establece, ya hicieron vacilar un tanto mis primitivas inclinaciones.

Dependía del debate el rumbo definitivo, la orientación resuelta de mi voto en el sentido de prestarlo si los argumentos que se emplearan en la discusión me convencían. En tal sentido había resuelto negárselo si no tenían la fuerza, la gravitación necesaria para que me resolviera á secundar un ensayo que no cuenta con el prestigio de su aplicación en las naciones que pueden servirnos de modelo, y que viene á acumular en esta

ley toda nueva, de pies á cabeza, el inconveniente de un nuevo concurso peligroso: el ensayo.

Aparte de las razones que derivan de la esencia misma, sino del texto expreso de la Constitución: aparte de las que derivan de la noción que se puede tener de lo que es un derecho y de lo que es un deber, y de las obligaciones que se desprenden, como consecuencia natural, de uno y otro concepto, me parece, señor presidente, que lo que le falta al debate es la prueba evidente, clara, terminante, de que la implantación del voto obligatorio representa una ventaja, una conveniencia general para la Nación.

Esa demostración falta; y esta otra, señor presidente: si al establecer el voto obligatorio, no vamos á conspirar contra los anhelos más fundamentales de los constituyentes, y contra algo que puede ser, según me lo hace notar un distinguido colega que piensa y se preocupa de las cuestiones que afectan la vida política é institucional del país, un problema que se va á plantear mañana, porque su solución no se ajusta en el presente á las necesidades, á las conveniencias y á los intereses del país. Me refiero al problema de la ciudadanía, que ha sido resuelto con el espíritu de la Constitución del año 60, con el criterio de que debe otorgarse como un favor, como un beneficio, eliminando de él, todo lo que pueda ser cargas ó molestias.

Así, la prescripción ha ido tan lejos hasta acordar excepción del servicio militar, durante diez años, á los extranjeros que se hicieran ciudadanos argentinos. Luego, la política concordante con esta definición constitucional, expresada en forma tan elocuente en el preámbulo mismo de la Constitución, debe ser la de facilitar en cuanto sea posible la naturalización de los extranjeros. ¿En qué forma? Ofreciéndoles el mayor caudal de ventajas y evitándoles en lo posible todas las molestias, todas las cargas de la ciudadanía.

Ahora bien; no solamente los extranjeros que se han nacionalizado hasta el presente no han contado con estas posibles molestias, con estas posibles torturas del voto obligatorio, sino que su implantación para el porvenir puede ser un óbice, un obstáculo, puede ser hasta un impedimento moral para que mu-

chos se acojan á los beneficios de la ciudadanía.

Por otra parte, ¿hay realmente una ventaja en que voten todos los ciudadanos si ese voto no ha de ser el voto espontáneo, ilustrado, inspirado en el interés del país, aquel que es la expresión de la preocupación de todos los momentos, que es la expresión de los rumbos concebidos y definidos de cada ciudadano dentro de las agrupaciones políticas que militan en el país? ¿Acaso le interesa á la Nación el voto del indiferente, del ajeno á las cuestiones públicas, del que va á prestarle mecánicamente, sin preocuparle absolutamente la importancia que pueda tener en los rumbos generales del comicio? Me parece que no, señor presidente; parece que lo que puede resultar como consecuencia, es el engaño para el extranjero y para nosotros mismos.

Y es otra razón que á mi juicio puede tener singular importancia: nos podremos equivocar también sobre las ventajas, sobre los beneficios, sobre las bondades de los sistemas electorales, de las reglas establecidas por la ley, y así vendremos á acumular en un determinado sistema el aparente prestigio de llevar á los ciudadanos al comicio y á producir elecciones como no las ha visto jamás la República; pero es necesario, para el interés general, para los fines de la ulterior y definitiva legislación electoral de la República, que cada sistema se muestre en la práctica con sus propias fuerzas, con sus propios medios, haciendo uso de las bondades, de las ventajas que derivan de su propia estructura y no de este artificio mecánico de la ley.

Bien, señor presidente: las razones que ligeramente acabo de enunciar y las concordantes que han sido dadas en el debate, me llevan,—ya que no han producido en mi espíritu la convicción de que es necesario ir hasta la prescripción del voto obligatorio como una exigencia ineludible de salud pública,—á no prestarle mi voto, que me haría el efecto, dentro de la vida parlamentaria del país, de aquello que un hombre público inglés llamó alguna vez en el parlamento británico «el salto en las tinieblas».

El voto obligatorio es el salto en las tinieblas. Ni el Congreso ni el Poder ejecutivo, ni nadie puede afirmar cuál se-

ría en definitiva el resultado que él nos diera en la práctica; y ante esta duda, ante este interrogante que se plantea en esta forma y la falta de la experiencia ajena que lo abone y de toda consideración fundamental que lo imponga, mi conciencia me obliga á negarle mi voto!

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Ministro del interior—Pido la palabra.

No pienso que sea necesario, señor presidente, hablar acerca de la noción del sufragio. La doctrina ha avanzado tanto que ha llegado á conclusiones al parecer definitivas. Pero como político, me ocuparé de hechos á mi juicio indiscutibles, y esos hechos serán mi explicación del concepto que ha inspirado este artículo 6.º del proyecto del Poder ejecutivo.

Que existe una relación entre el Estado y el individuo es un hecho innegable del orden político; relación tendiente á la realización de los fines del Estado.

En cuanto á la subsistencia del Estado se refiere, esa relación se presenta al ciudadano bajo tres aspectos que tienen en común la misma naturaleza jurídica íntima; como que, según queda dicho, no son sino diversos aspectos ó ideas de la misma relación. La naturaleza jurídica común es la obligación: obligación de defender el Estado contra sus enemigos exteriores; obligación de subvenir á los gastos necesarios; obligación de constituir el gobierno, designando por elección las personas que han de ejercerlo; ó en otros términos: prestación de sangre, prestación de impuestos, prestación de voto.

Esta es para mí la noción exacta del voto como hecho político, emergente de la relación entre el Estado y el ciudadano.

Se le ha considerado un derecho, y realmente bajo ciertos aspectos es un derecho.

Lo que más ha contribuido á imprimir al sufragio el carácter de derecho, es más bien su evolución histórica. Hubo un momento—no tengo para qué hacer la reseña histórica—en que fué necesario destruir por la propaganda primero y por la revolución después los privilegios

y devolver al pueblo la legítima participación que le cabe en la formación del gobierno. En ese momento histórico, puesto que se trataba de una reivindicación, tanto en la doctrina como en los hechos, se dió á la prestación electoral el carácter de un derecho, porque para reivindicar enérgicamente es necesario que se tenga la idea de reivindicar un derecho.

De manera que el sello de derecho es un sello histórico, circunstancial y transitorio. En el fondo, el voto es una prestación que debe el ciudadano al Estado para los fines de constituir el gobierno.

Dicho esto, vengamos al debate. ¿Esa prestación puede ser coactivamente exigida ó no? Creo que sí, como toda obligación del ciudadano que interesa al bien público. En las actuales circunstancias del país, conviene que esa obligación coactiva se imponga. El doctor Penna ha demostrado pertinememente y con elocuencia, la situación en que el país se encuentra. La primera vez que tuve ocasión de hablar en este debate manifesté que el mal que nos aqueja es la abstención. Tenemos sólo alrededor de un veinte por ciento de ciudadanos que contribuyen á la formación del gobierno. Es una insignificante minoría. ¿Se puede suponer que la formación del gobierno argentino en esas condiciones responda al bien público y sea la expresión verdadera de la democracia? Sostengo que no, y agrego que es menester hacer todo lo posible para que esa abstención cese, para que la mayoría válida de los ciudadanos cumplan su deber de concurrir á la constitución del buen gobierno.

¿El voto obligatorio es realmente eficaz para este objeto? La experiencia de otros pueblos nos lo demuestra. España se encontraba antes del voto obligatorio con una abstención semejante á la nuestra, y después del voto obligatorio, las estadísticas muestran que un sesenta y setenta por ciento de ciudadanos concurren á los comicios.

Sr. Roca.—¿Se ha derogado la ley, señor ministro?

Sr. Ministro del interior.—No le podría decir cuál es en este momento el estado de la cuestión en España. Entiendo que no.

Sr. Roca.—Sería la prueba si se hubiera derogado, porque es un medicamento transitorio que no debe emplearse al volver á la vida normal.

Sr. Calvo.—Olvida el soplo divino de Alfonso XII el señor ministro...

Sr. Ministro del interior.—No; la anécdota del señor diputado Ayarragaray me parece que no es exacta.

Sr. Ayarragaray.—No fué una anécdota, señor ministro.

Sr. Ministro del interior.—La verdad es que el voto obligatorio, como estímulo para salir de la abstención, tiene una eficacia decisiva, según lo prueba la experiencia de los países que lo han ensayado.

Sr. Avellaneda.—Y Posada, que ha hecho un estudio muy completo sobre la cuestión, dice que ha dado grandes resultados en España.

Sr. Ministro del interior.—Y en todos los países donde se le ha practicado con ese objeto.

Sr. Vocos Giménez.—En Francia, en Inglaterra y en Alemania existe el voto obligatorio, señor Ministro?

Sr. Ministro del interior.—En Francia no existe, pero los mejores pensadores franceses tienen abierta campaña por que se establezca el voto obligatorio, y en las cámaras se han repetido las iniciativas con este fin.

Sr. Zambrano.—Existe, en cuanto á las elecciones senatoriales.

Sr. Ministro del interior.—Se puede tener respecto de la naturaleza jurídica del sufragio y acerca de la oportunidad de establecerlo como obligación compulsiva, ideas varias, pero no se puede desconocer esto: que si se piensa que es conveniente hacer desaparecer un estado de abstención electoral en un país, el único medio eficaz es la obligación del voto, la obligación coactiva, y que á este efecto la obligación coactiva del voto ha dado resultado en todos los países donde se ha puesto en práctica. Las objeciones que se hacen del voto obligatorio son de otra índole, son de otro carácter, y ya me ocuparé de ello.

Por el momento debo seguir el orden de la cuestión tal como viene planteándose en el debate.

El Poder ejecutivo no cree hacerse ilusiones al pensar que la sanción de esta ley con el voto obligatorio hará des-

aparecer la abstención y que cuando menos un sesenta por ciento de los ciudadanos concurrirá á los comicios para la formación de un buen gobierno. ¿Es este un fin en sí apetecible? Sostengo que sí.

Sr. Ferrer.—Será el sesenta por ciento de los analfabetos de que nos hablaba el señor ministro.

Sr. Ministro del interior.—Sobre ese punto tendré ocasión de explicarme más tarde.

Sr. Ferrer.—Me refería á la afirmación del señor presidente.

Sr. Ministro del interior.—Puede precisamente dirigirse á él y esperar la ocasión para hacerlo.

Sr. Avellaneda.—En ese porcentaje no estarán los analfabetos porque á los analfabetos los exime de pena si no votan.

Sr. Ferrer.—Tiene el incentivo del derecho que es cosa muy distinta de la repulsión del derecho.

Sr. Ministro del interior.—El incentivo del ejercicio del derecho ya hemos visto qué resultado nos ha traído; á que no vote sino el veinte por ciento. Y cuando ese incentivo no obra ú obra mal no hay más remedio que poner en juego la compulsión.

Bien, pues; ese resultado de que concurre un sesenta ó setenta por ciento del cuerpo electoral á cumplir con este deber, á concurrir á la formación de un buen gobierno, ¿es por sí sólo apetecible? A mi juicio no cabe duda de que sí.

Cuando las minorías audaces, hábiles, bien manejadas, se apoderan de los comicios, ¿qué es lo que ocurre? Que sobre un número de electores insignificante, basta un número reducido de votos falsos, de votos venales para determinar el éxito de una elección.

En nuestras elecciones los votos que se han presentado han sido entre ciento cincuenta mil y ciento ochenta mil. Nada más. Dada esa pequeña masa de votantes, la corrupción de unos pocos miles de votos es eficaz; pero si el cuerpo electoral fuese de seiscientos mil, si fuese de quinientos mil electores, ya un porcentaje reducido de votos malos, de mala calidad, tendría muy poca influencia en el resultado final. Y este es uno de los medios indirectos con que se depurarían nuestros hábitos electorales: la

ineficacia. Estando obligados esos quinientos mil electores á votar, su número inutilizando la influencia de los votos falsos ó venales, acabaría por hacer inútiles también los fraudes y la venalidad, y el Poder ejecutivo no cree hacerse ilusiones al pensar que los resultados serán plenamente satisfactorios.

Pero se dice que abstenerse es muchas veces una manera de votar.

Comprendo que respecto de una moción cualquiera, de una idea, de una ley, el no votar sea ya una manera de votar. Pero no votar cuando se trata de constituir los poderes es negarse á concurrir á que esos poderes se constituyan. Y como el gobierno es una necesidad ineludible de la sociedad es esa una negativa que no tiene sentido positivo alguno. En todo puede haber abstención menos en eso.

Sólo considero legítima la abstención cuando el gobierno, imperando la obligación del voto, se encuentre en tales condiciones que no haya garantía para el elector de que su voto sea contado, de que su voto dé buen resultado. Pero cuando tenemos un gobierno cuyo propósito es garantizar la lealtad más absoluta en los escrutinios, garantizar la pureza más completa en los comicios, cuando tenemos un gobierno que proclama su abstención decidida y completa en todo acto electoral, dejando los comicios entregados al pueblo, entonces la única razón que habría para dejar el campo libre á la abstención desaparece entre nosotros. Y agrego que debemos aprovechar este momento precioso de nuestra historia para hacer el ensayo y puesto que el respeto del gobierno al pueblo en las elecciones abre el campo á la democracia, demos este impulso necesario á la democracia para que acuda á sus comicios: el impulso del voto obligatorio.

Se dice que el voto obligatorio en combinación con la lista incompleta importa el partido obligatorio; me parece que es un habilidoso argumento, pero reposa sobre una confusión.

La lista incompleta no obliga á incorporarse á un partido, como ningún otro sistema de voto obliga tampoco á esa incorporación. Pero dentro de cualquier sistema de elección la incorporación á un partido es una conducta cuer-

da para aquel que aspira á que su voto dé un resultado apreciable.

Sr. Costa—La tutela sobre el voto.

Sr. Ministro del interior—No es la tutela sobre el voto. Es la naturaleza propia del voto, porque aun cuando el voto tenga su fondo en la conciencia del individuo, tiene su valor en la acción colectiva; votos dispersos, por diversas personas, no suman. Suman los votos cuando concurren en una persona, si se trata de voto uninominal ó cuando concurren en una lista si se trata de este sistema. Sólo entonces tiene eficacia el voto. El voto, acto de conciencia, sólo influye en los destinos políticos cuando se reúne con otros para obtener el triunfo. Esto sucede tanto en la circunscripción como en la lista completa ó incompleta, como en el sistema proporcional, etc.

Sr. Costa—Entonces no existe la ventaja para este sistema por esa razón. La ventaja la había explicado con toda eficacia y con toda elocuencia el señor ministro. De modo que aquella argumentación era, me parece, contradictoria con la actual.

Sr. Ministro del interior—Perdóname el señor diputado. Por eso decía que había cierta confusión. Otra cosa muy distinta son los partidos. Estoy hablando de lo que es el voto.

Decía que es una condición de la función electoral, que haya reunión de individuos para formar mayorías. Esas mayorías pueden hacerse con ó sin intervención de los partidos.

Frente á los partidos el ciudadano conserva su absoluta libertad de dar su voto por uno ó por otro. De manera que no hay partido necesario en el sentido de que el voto no ha de adjudicarse necesariamente al partido a ó b.

Se teme, señor presidente, que este ensayo sea un salto en las tinieblas. Yo no creo tal cosa. Creo que este ensayo es un paso necesario, no de progreso como lo decía perfectamente el señor diputado Penna, sino para salir de una situación que es la tiniebla absoluta de la democracia. Hoy estamos en una noche profunda y completa. No vivimos la vida leal y sincera de las instituciones, desde que es una minoría la que viene constituyendo desde tiempo atrás el gobierno. De esta noche debemos salir, y todo paso hacia afuera, será siem-

pre un paso hacia la luz, hacia una claridad nueva.

He concluido por el momento.

Sr. Calvo—Pido la palabra.

Verdaderamente es agradable y el sentimiento patriótico se siente halagado al oír las teorías del señor ministro; teorías cuya eficacia no reconozco en la práctica.

He visto elecciones á las que han concurrido mucho más del veinte y del treinta por ciento de los ciudadanos. Cuando están convencidos de tener registros puros, van los ciudadanos á votar, sin necesidad de obligación de ningún género, y hemos tenido hace poco tiempo un ejemplo bien práctico. Mientras los ciudadanos están conformes, porque se consideran bien gobernados, dejan que gobiernen esas minorías, porque suponen que ellas están mejor preparadas para las funciones públicas; pero hemos visto que se ha reunido todo lo más granado, lo más rico y lo de más influencia en la provincia de Buenos Aires, con un fin patriótico, señor presidente, cuando les tocaban en el bolsillo! (*Risas.*) Cuando la cuestión de la contribución directa, hemos visto que se juntaron todos...

Sr. Ayarragaray—Nada más legítimo, señor presidente: las grandes revoluciones inglesas y la independencia norteamericana tuvieron por fundamento cuestiones de impuesto.

Sr. Lacasa—Lo que prueba que se mueven por grandes intereses y no por una obligación cívica.

Sr. Calvo—Esa es una teoría.

Sr. Ayarragaray—El señor diputado desprecia demasiado las teorías y se complace en manifestarse siempre práctico, y, en general, los hombres positivos no son otra cosa que hombres negativos!

Sr. Calvo—Así será, pero hay ciertas inteligencias que mejor es no tenerlas con mengua de la tranquilidad de los hombres de verdadero trabajo.

Inteligencias que engendran, por lo general, teorías perniciosas que no realizan ningún bien.

Sr. Ayarragaray—Cuando creo que tengo razón, soy tolerante con la justicia.

Sr. Calvo—Yo también, pero jamás permito que nadie tenga injusticias conmigo. (*Risas.*)

Como iba diciendo, señor presidente, por ningún concepto puede nadie suponer que haya tenido yo intención de ofender á los distinguidos estancieros de la provincia de Buenos Aires. Si no han intervenido en la política, como es público y notorio, no es porque no hayan tenido oportunidad; al contrario, han tenido el orgullo de decir que no se metían en elecciones.

Esa gente, á quienes quiere alcanzar el gobierno, digo yo que no las va á alcanzar—y ese es mi argumento desde el principio—porque tienen en sus manos, precisamente por las previsiones de la ley, la posibilidad de quedarse tranquilamente en sus casas ó en cualquier otra parte donde se les ocurra.

Ahora, yo creo en el patriotismo de estos caballeros. Si no entran en política, es porque no se les da la gana; tienen el orgullo de no estar metidos en política. Pero tengo la convicción firme de que si mañana vieran peligrar las instituciones de su tierra, serían los primeros en acudir allí donde fuera necesario. Y sin remontarme demasiado, el año 90, vemos á don Leonardo Pereyra entregando una fortuna; vemos proscripto á don Bernardo de Irigoyen. Sin embargo, don Leonardo Pereyra hasta el año 90, yo creo que jamás había pisado un atrio.

No estoy haciendo una ofensa; estoy diciendo lo que es la vida práctica.

Se dice que es tremenda la pena que van á tener estos caballeros en ver sus nombres publicados en los diarios.

Sr. Varela—Y la multa.

Sr. Calvo—El señor diputado ha vivido muchos años, y sabe que en este caso serían tantos los infractores, que en la cantidad y en la calidad estaría el consuelo. Se verían tan bien acompañados, que la publicación de sus nombres no les había de hacer mella. (*Risas.*)

Con el voto obligatorio, veremos concurrir á los atrios á sesenta mil sufragantes, obligados, pero jamás será con la independencia y con la conciencia de los veinte mil que votan hoy. Se comprende que vayan los hombres interesados en la política, porque los hay, y los debe haber, buscando y convenciendo uno á otro, por medio de las razones en virtud de las cuales debe ir y por quien debía el elector votar; pero

esto de llevarlos como carneros al corral, francamente, en un país como el nuestro, demasiado libre para obligar al ciudadano á cumplir lo que debe cumplir sin necesidad de establecerlo en la ley, es contrario á la democracia argentina; y el día que sea una obligación, menos irán. Creo, como argentino, que no está tan malo el procedimiento que se observa actualmente; no son tan desgraciadas nuestras elecciones. Es preciso saber lo que hay que trabajar y andar—los señores diputados que intervienen en estas cosas lo saben—el trabajo que cuesta hacer una elección. La lucha de los partidos se consigue con el sufragio libre; jamás se hará con el voto obligatorio.

Siento que el señor ministro no me haya convencido, porque quedo siempre con la convicción que es absolutamente inconveniente para nosotros el voto obligatorio, que es contrario á la Constitución y contrario á nuestras ideas de independencia.

Yo, francamente, voy á votar con mucho gusto; pero cuando tenga obligación de hacerlo, ya será otra cosa. Yo no sé cómo todos los hombres trabajadores de esta Capital van á poder cumplir con la ley. Los mayores de tranvía, los obreros de las usinas, todos los que intervienen en el engranaje inmenso de esta gran ciudad, tendrán que pagar multa si no van á votar y tendrán que pagarla también, si por ir á votar no concurren á su trabajo. De manera que antes que ser argentino, para el hombre de trabajo, será preferible ser analfabeto ó extranjero! (*Muy bien!*)

Sr. Galigniana Segura—Pido la palabra.

Voy á permitirme hacer un breve paréntesis á la discusión.

La extensión que va á tener este debate, dada la discusión en general y la que ya se vislumbra en la discusión en particular, agregada la circunstancia de los numerosos asuntos que hay para tratar en las sesiones de prórroga, incluso el presupuesto, me han inducido á hacer moción para que celebremos sesiones diarias hasta terminar la ley electoral.

Sr. Vocos Giménez—Pido la palabra.

Voy á votar en contra de esta indicación, porque entiendo que el despacho de la comisión de presupuesto no está tan próximo á su terminación, y creo

que dentro de dos ó tres sesiones más este proyecto podrá quedar completamente sancionado, celebrando sesión los días ordinarios. Teremos todo el mes de diciembre para ocuparnos del presupuesto y otros pocos asuntos enviados por el Poder ejecutivo. Ya hoy la cámara en un cuarto de hora ha despachado más de cincuenta leyes. De manera, que ese es un argumento para no insistir en hacer sesiones diarias; sobre todo cuando ya se sabe que son citaciones inútiles.

Sr. Padilla (M. M.)—Podemos votar el artículo 6.º

Sr. Presidente—Insiste el señor diputado en su moción?

Sr. Galigniana Segura—No, señor.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Costa—Simplemente para observar que si la lista incompleta, según resulta de las observaciones del señor ministro, no es eficaz en cuanto á determinar la formación de partidos políticos, siendo la formación de partidos políticos uno de sus objetivos principales, según sus sostenedores, entonces el sistema de la lista incompleta no tendría razón de ser.

Si la lista incompleta es eficaz en este sentido, entonces el voto obligatorio es también el partido obligatorio hasta cierto límite, hasta el límite ó hasta más allá del límite que debiera ser para conciliarlo con la libertad absoluta que el soberano, que es el pueblo, el ciudadano, tiene en ese momento en el ejercicio del derecho individual para elegir.

Además, el gobierno no es ensayo, es experiencia; los ensayos son para las academias, ó para los laboratorios. Haciendo ensayos en el gobierno se podría producir el caso de aquél que en pruebas se le acabó el día y no llegó al objetivo, que es la realización de las cosas.

No es posible, entonces, sostener que se pueda imponer el voto obligatorio en el único momento en que el pueblo ó el ciudadano—porque la ley electoral no se dirige á los partidos, á las agrupaciones, se dirige al ciudadano individualmente; reconoce y consagra la libertad individual absoluta—en el único momento en que el pueblo es so-

berano; es decir, cuando elige. ¿Y en ese momento habrían de hacerse valer estos argumentos, que son argumentos de razón de estado? ¿Se establecería cómo ha de votar mejor el ciudadano? ¿Cómo se le tutelaría mejor para que se agrupara, para que se colectivara, para que votara ó no de esta ó de aquella manera?

Lo único que se deriva del texto y del sistema de la Constitución, es que en ese único momento el pueblo es soberano, es decir, que lo son todos y cada uno de los ciudadanos; en ese momento lo único que se debe hacer es no imponerle ninguna restricción al ejercicio de ese derecho, de esa libertad, de esa soberanía. En todos los demás momentos el pueblo no gobierna, porque delega; y cuando viene á ejercer el gobierno, por disposiciones constitucionales de uno ú otro orden, se ha de encontrar que es conveniente que los hombres se agrupen, que se propenda á la formación de partidos, que se vote en tales ó cuales condiciones, y que puede ser obligatorio el pronunciamiento de una opinión; que, por otra parte, es un objetivo que no se consigue, puesto que si el que va á votar no quiere hacer aquel pronunciamiento de su opinión, puede depositar su boleta en blanco; y esta prescripción no tiene sanción, y es lo que se llama en materia de ley, ideología, ilusión; una cosa que se prescribe en la forma, pero que no tiene cumplimiento: una obligación legal sin sanción. Tiene esta circunstancia, y tiene ante todo una compulsión en el momento en que el soberano actúa: hacer obedecer al soberano, subordinar la soberanía, es algo más que aquella á que puede alcanzar el racanamiento, cualquiera que sea la disquisición que se quiera establecer sobre la interpretación constitucional. O es soberano el individuo, y en ese momento puede usar su voto ó no, puede hacer lo que él crea conveniente hacer, ó no lo es, y entonces se le puede hacer esta compulsión y todas.

De manera que dentro del sistema de la Constitución tal restricción no resulta; y así el señor ministro mismo no entraba resueltamente á establecer la tesis de la constitucionalidad, de la clara constitucionalidad del voto obligatorio, sino que se inclinaba á ello y

decía que era más conveniente, por ésta ú otra circunstancia; que el gobierno tenía las mejores intenciones; que era el momento de aprovechar para hacer compulsivo el voto, para traer el pueblo al comicio; que el comicio estaba desierto. Todas esas consideraciones son excelentes pero son consideraciones de tutelaje tales como las que se adjudicaban en un momento dado cuando vinieron aquí ministros, y hombres de gobierno y demostraron por a más b, con montones de libros, que era mejor el sistema proteccionista que el sistema liberal de la Constitución. El proteccionismo se estableció; gravita ahora como un hecho; no sería yo el que pensara que es prudente tocarlo, porque los hechos tienen su gravitación, son también instituciones una vez que están gravitando, y deben respetarse en muchos casos. Pero eso no quiere decir que aquel sistema en su origen fuera el que se derivaba del texto constitucional. Todos estos son sistemas de disquisición, han sido sistemas, no diré de opresión, pero sí de tutelaje; y yo no admito que en ese momento único en que el pueblo gobierna, sea gobernado. Es el único caso en que él se ha reservado el derecho de gobernar, tal cual su criterio se lo determine y sin ninguna limitación.

Es este el sistema de la Constitución, y todo lo demás son disquisiciones; y sobre todo, no se podría llegar á probar la falsedad de este dilema: ó que la lista incompleta fracasa en cuanto al estímulo para la formación de partidos políticos, y entonces la base del sistema desaparece, queda en el aire, ó la lista incompleta es eficaz para la formación de los partidos políticos, los determina, obliga á los ciudadanos, en los hechos, á incorporarse á los partidos políticos, y entonces el voto obligatorio es el tutelaje sobre el ciudadano, compulsándolo á incorporarse al partido político y obligándole á expresar su voto en esa forma y en esa alineación. Por eso yo hice aquel símil de los calvos, que por supuesto no me atrevería á repetir—que todo estaba alineado, como de línea etc.—porque algunos se dan por aludidos y no se puede hacer ninguna comparación para demostrar algo. (Risas.)

Yo creo que no se ha hecho ningún

argumento en realidad en favor del voto obligatorio. También podría decirse que no se ha entrado á la cuestión para concluir y demostrar lo que debió concluirse y demostrarse en lo que el señor ministro llamó «ensayo», procedimiento tan peligroso en materia de aplicación de leyes, y en actos de gobierno, de legislación.

Sr. Ministro del interior—No en materia electoral, que está en perpetuo ensayo.

Sr. Costa—Experimentación, no ensayo; lo que es muy distinto, porque es adoptar lo ensayado y abonado por la experiencia.

Sr. Ministro del interior—Eso es.

Sr. Costa—Se atiende á la experiencia, sobre todo en momentos en que se discuten sistemas. Cuando hay una duda sobre la superioridad de uno ú otro sistema, de uno ú otro procedimiento, el único juez es la experiencia; no es juez el concepto del ensayo, porque éste sería aventura, y la conjetura no es la demostración.

He dicho.

Sr. Roca—Pido la palabra.

Debo referirme muy brevemente á algunas expresiones del señor ministro.

En primer lugar, el señor ministro funda una de las ventajas del voto obligatorio en las garantías, en el prestigio, en la confianza que puede inspirar el actual Poder ejecutivo.

Sr. Ministro del interior—No! no! No pongo ahí una de las ventajas. Digo lo que los tratadistas y los hombres prudentes y de concepto piensan: que no se imponga la obligación, cuando no se puede dar garantía al elector de que la obligación cumplida ha de producir todo el efecto que puede esperarse. Eso es todo.

Sr. Roca—Quiero referirme á ese concepto del señor ministro.

No puede haber la seguridad de que esa sea la situación permanente del país, y el mismo señor ministro ha reconocido que cuando faltan esas garantías, el ciudadano tiene el derecho de levantarse contra la sanción del voto obligatorio. Ahora si la sanción del voto obligatorio, aparte de la pena pecuniaria, aparte de significar una pena aplicada por los jueces, importa una sanción moral, además de la sanción ma-

terial, entonces, al ciudadano ó al partido, en lugar del medio pacífico y legal de la abstención, no le quedará más recurso que el medio violento y perjudicial de la revolución. Es una consecuencia natural del mismo hecho.

El voto obligatorio tiene otro inconveniente. El médico, es decir el Poder ejecutivo y el Congreso, se han encontrado en presencia de un enfermo cuyo estado, sino grave ó desesperante, por lo menos es delicado, y le han cambiado íntegramente el tratamiento. Este tratamiento comprende toda la botica, porque aquí hay remedios para todo. Desde el sistema electoral mismo, que se modifica substancialmente, hasta en los detalles de la ley, hay medicina nueva. Esta acumulación va á tener uno de estos dos inconvenientes: ó el enfermo no va á mejorar, en cuyo caso desacreditamos por igual á todos, ó el enfermo mejorará y no sabremos nunca cuál es el remedio que en definitiva lo ha curado.

Me parece, señor presidente, que para juzgar de las esperanzas que puede dar, basta con la terapéutica del proyecto, y que podemos eliminar este remedio un tanto heroico del voto obligatorio, hasta por un acto instintivo de previsión, para guardar algún recurso en caso de que fracasen los demás. Si fracasa esta ley, tan llena de garantías y de requisitos, tan meditada para asegurar la pureza del sufragio, tan llena de estímulos, según la propia definición del Poder ejecutivo, para todas las opiniones y banderías, entonces no habrá más remedio, señor presidente,—repetiré la expresión aunque parezca inmodestia—que acudir á la respiración artificial y ver si conseguimos reanimar al enfermo y ponerlo en movimiento.

Por otra parte, con este criterio de la necesidad, con este criterio del concepto teórico de las cosas, se puede llegar con la mejor intención á los mayores extremos. Bien podría recordar, si no cometiera á la vez una injusticia, un hecho que debe ser familiar á la memoria del señor ministro: un gobernador de Salta, el coronel Todd, aplicando á conciencia la Constitución que acababa de dictar su provincia, la creyó tan perfecta, creyó que resolvería de una manera tan indiscutible todos los

problemas políticos de la provincia, que dió un decreto prohibiendo la existencia de los partidos políticos, sosteniendo que una vez votada la Constitución, ya no cabía otro partido que el de la Constitución, *summum jus, summa injuria*.

Este es el defecto capital del voto obligatorio.

Sr. Agote—Pido la palabra.

Sr. Ayarragaray—Ya es muy tarde; yo haría moción para pasar á cuarto intermedio.

Sr. Oliver—Hago moción para que se levante la sesión.

Sr. Iturbe—Ha quedado pendiente una moción de orden que ha hecho el señor diputado por Mendoza.

Sr. Presidente—La moción de levantar la sesión es previa.

Se votará.

—Se vota y resulta negativa.

Sr. Galigniana Segura—Corresponde votar la moción que he hecho.

Sr. Agote—He pedido la palabra, señor presidente.

Sr. Presidente—El señor diputado reclama una votación.

Sr. Galigniana Segura—He hecho una moción para celebrar sesiones diarias, é insisto en ella, porque tengo casi seguridad de que en muy pocos días más nos será difícil obtener quorum, de modo que nos quedaremos con la ley electoral á medio sancionar y los demás asuntos en el mismo estado. Hay más de treinta asuntos pendientes de obras públicas.

Sr. Agote—Me voy á oponer á esa moción. El debate nos interesa á todos, y los miembros de la comisión de presupuesto somos diez diputados que estamos trabajando de día y de noche, y no podemos concurrir para tomar parte en esta discusión.

Sr. Galigniana Segura—La comisión no hará trabajo de gabinete.

Sr. Agote—No sé si estaremos en cuestiones de gabinete, pero si sé que son cuestiones de interés público.

Sr. Presidente—Se votará la moción del señor diputado para celebrar sesiones diarias.

—Se vota y resulta negativa.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado Agote.

Sr. Agote—Pido la palabra.

He sentido mucho, señor presidente, que por razón de los trabajos de que nos ocupamos en estos momentos, no me haya sido posible escuchar la palabra de los diputados que han tratado este asunto, y sobre todo la del señor ministro á quien hubiera tenido verdadero deseo de oír, por ser el autor de la ley, en gran parte, y por apoyar con el prestigio de su autoridad, de su nombre y de su palabra esta innovación en nuestras prácticas electorales que modifica de manera tan radical y tan profunda las establecidas hasta la fecha en el país.

Por mi parte, me he opuesto con mi voto al sistema de la lista incompleta, y con mucha más razón lo hago con este voto obligatorio, porque me parece que, si alguna vez se ha echado mano de la teoría para legislar en el orden teórico, es en el caso actual, con este voto obligatorio, que presenta el Poder ejecutivo y recoge la comisión. Si alguna vez se ha prescindido de la naturaleza del hombre, para entrar en el terreno de las suposiciones y de las disquisiciones más fantásticas, por más bien interesadas que sean, creo que es en este caso.

Y antes de entrar al fondo de esta cuestión, séame permitido, señor presidente, levantar un cargo que, para mí, no lo ha sido en esta cámara y que ha quedado pesando como una montaña sobre este debate: es sostener que nosotros hemos llegado á una situación tal que es necesario buscar remedios heroicos como el que usara el cirujano con el fuego, con el acero, para cortar los miembros putrefactos y salvar la vida del paciente.

No creo en manera alguna que sea tan vergonzosa la situación política actual como para ser necesario el echar cenizas en nuestros cabellos y dirigirnos al cielo buscando un recurso excepcional que salve situación tan desesperada; creo que nuestra situación actual no es más que la consecuencia de una manifestación de la vida ordinaria, tal cual le corresponde á la República de nuestros defectos, de nuestras ventajitas, de nuestras conquistas, que no son más que el resultado de una evolución biológica, en el concepto de las

naciones como en el concepto de los individuos, y no es posible suponer que vamos á corregir nuestros defectos por grandes ó por pequeños que sean, mediante recursos que no estén dentro de la naturaleza misma de las cosas, es decir, dejando las proyecciones externas entrar al enfermo, al hombre, al individuo mismo.

Los defectos que ofrece nuestra vida pública nacen de un factor olvidado en este debate: del hombre. Es la falta de educación en las grandes masas, su ausencia de cultura, el desconocimiento del concepto claro de sus deberes cívicos, que no se limitan por cierto al sacrificio de la vida en defensa de la patria. Lo que al pasar por la fuerza gravitativa aplastadora del número, inhiben, anulan la influencia de los mejores colocados, quienes á su vez se dejan llevar por el descorazonamiento y el abandono.

Y presentar, señor presidente, como panacea de esta situación—y no recordaré la lista incompleta porque ya es un asunto discutido y resuelto—el voto obligatorio, sería lo mismo que si esta ley dispusiera que se incorporase á ella este principio, esta noción complementaria: todo ciudadano está obligado á votar, pero al mismo tiempo á votar bien. Porque es justo suponer que si tiene el deber del voto, ha de tener la noción del voto; que no es posible suponer que se puede equivocar; porque si tal suponemos cometeríamos la gravísima falta de incorporar una cantidad de errores al concepto del gobierno. Y entonces es de creer que cuando el Poder ejecutivo, propone esta ley, admite que los individuos por el solo hecho de esta sanción, van á votar perfectamente bien, van á elegir irreprochablemente.

Esto no es más que una verdadera utopía. Es el olvido más absoluto de un principio biológico: que en cualquier manifestación de la vida hay que buscar la vida misma. No podemos olvidar que en este país existe un inmenso número de analfabetos que no tienen una noción completa de sus deberes electorales, que sólo tienen una noción perfecta de sus deberes de ciudadanos en el sentido de sacrificarse por el país cuando el país los necesita; que estamos en un país donde una enorme masa de gen-

te no vota, no porque no quiere, sino simplemente porque no le atrae la política, quizá por aquel principio que establecía Tácito, que la política era incómoda y que los hombres prefieren más el orden que la libertad. Los ricos encuentran en todas partes el orden. Por eso les importa poco la libertad. Son las situaciones medias, los individuos que no son analfabetos y que tampoco son ricos, los que emplean su actividad en la persecución de propósitos más ó menos altruistas ó más ó menos interesados. Es esa parte de la sociedad la que ha de llenar estas funciones, la que siempre las ha llenado. Los ricos, los indiferentes obligados á votar, votarán mal; en todo caso no votarán dentro del concepto que debe buscarse. A esos es á los que se refería Roosevelt con toda razón, cuando se criticaba en los Estados Unidos la actitud del gran número de americanos que iban á gastar su fortuna á París. Decía el presidente Roosevelt que era lástima no disponer de más barcos para que se fueran más pronto, porque así, agregaba, nos librarían de su misma inutilidad que pesa, pero que no favorece, y llevarían sus vicios y sus defectos lejos de la República.

¿En esta situación vamos á obligar á estos individuos á que voten por uno

ú otro candidato, si no hay más que dos? Y si los candidatos no concuerdan con las ideas que mantienen estos sujetos, los vamos á obligar igualmente á que los voten? ¿No podría votar en blanco, introduciendo una cantidad negativa donde se busca un resultado positivo? Hay una verdadera contradicción entre dos términos, entre el propósito buscado y la solución ofrecida, que francamente no me explico, mucho menos en una situación tan desgraciada como la que presentaba el Poder ejecutivo, y que reputo tan buena, tan regular como la que ha habido en todos los tiempos y gobiernos en relación al momento histórico del país.

Me doy cuenta perfectamente de que no es el momento de tratar con extensión esta materia, dada la hora y las condiciones en que delibera la honorable cámara.

Sr. López Mañán—Si no le es incómodo al señor diputado, haría indicación para que pasáramos á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Tanto más necesario cuanto que la honorable cámara ha quedado sin número.

Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 8 y 5 p. m.